

EL AMAZONAS, COMO UN RECUERDO TERCO

MANUEL ALVAR

Escribo en Yerbabuena, cuando la agresión de la selva está lejos y el rebullir fangoso del agua ha perdido su amenaza. Por mi amplísimo ventanal, entra la más bella sábana bogotana. Un pasto tierno de hojillas que tiemblan si el recental suspira; el alcaparro próximo, con sus flores amarillas, sí es no es con el brillo de las retamas andaluzas; un muro espeso de urapanes umbríos y el perfume azorante que exhala el borrachero. A veces, cuando los ojos se cansan de las hojas tendidas, en el blanco barandal el copetón salta y su capirrote se recorta mientras las negras plumas van punteando los enjalbegados ladrillos, o el techo pone un grito amarillo y negro, y el cardenal salpica con su pechuga escarlata. Al amanecer, con el lubricán rayando, canta el diostedé onomatopéyico o el turpial gorjea a la flor más abierta y el cucarachero —ruiseñor indígena— aún alarga su trino delicado. Aquí escribo. A veces las nubes se hacen ceñudas y espesas, pero entre los livores cárdenos, un rasgón de azul purísimo me recuerda los cielos velazqueños, o la piedad que, entre dos garrotes violentos, dejara Goya en su cartón.

Leticia —hermoso nombre— está lejos, pero pervive en mí con su recuerdo terco. Para un dialectólogo español, Leticia es una extraña experiencia. Desazonante y hermosa. Más de una vez, sobre el mapa eléctrico de un gran hotel, el dialectólogo pulsó el más extraño y remoto de los nombres. Como el sueño concita grifos alados o seres ambiguos o carnosas flores que no existen. Pero el sueño es una forma real de caminar la vida, y el dialectólogo fue llevado a Leticia por el manto tendido de los cin-

uenta y cinco arcángeles de la canción renana del siglo XII. Arcángeles que ahora tienen nombres familiares y que saben abrir la argentería celeste. En Leticia el dialectólogo vio gentes que nunca había visto y aprendió a amarlas. Oyó cosas nunca oídas y las quiso guardar para que no cayeran en el olvido. Sintió la ira de Dios y lo contó. Pero ahora quisiera escribir otras cosas para que sean ciertos unos versos de Camoes que siempre recuerda y que sabe de memoria, pues el dialectólogo piensa que, muchos años después, cuando sea mantillo de alguna flor humilde, otro dialectólogo podrá entender la realidad, que hoy es variopinta y cambiante. Por eso ha escrito de una fonética que se quiere hacer estable, de unas lenguas que se encuentran, de un río —ancho y largo— como si Dorival Caimmy lo cantara, de unos hombres que se debaten por llegar a serlo con plenitud. Cada cosa exige su tiento y el dialectólogo no sabe si pulsa bien tanto registro en los trastes de su guitarra, pero ha puesto su voluntad. Allí donde se encuentra Colombia con Brasil —su alegría e saudade —y con Perú— su alta honra.

Los arcángeles del viaje sabían que en 1867 un capitán peruano, Benigno Bustamante, puso un puesto militar al que bautizó como Puerto de San Antonio; que el tratado de Lozano-Salomón (1922) dio a Colombia el pequeño emplazamiento a cambio de otros enormes territorios que había perdido; que en 1930 se hizo la entrega; que Perú (1932) asaltó Leticia —ya Leticia —y la Sociedad de Naciones puso las cosas en orden, hasta hoy. Pero lo que no sabían ni Bustamante, ni los caucheros sin piedad, ni los días

del conflicto, ni el sosiego, es que un dialectólogo español llegaría (1975, 1977) con una encomienda de ciencia y de paz. Allí, justamente allí, por donde pasaron las almadías de Lope de Aguirre. Y que el dialectólogo sentiría emociones desusadas y amores recónditos por gentes y cosas que apenas si cuentan nada en el comercio de las vanidades o en las grandes balanzas donde se ponen dibujos con cifras rojas o negras. No. El dialectólogo ha sentido por su cuenta y sin pedir colaboración a nadie. Ahora escribe unas pocas páginas de recuerdo muy lejos de Leticia. Y el recuerdo se le llena de emociones. Como en los días de invierno, cuando entre sus libros redactaba página tras página, las muchas hojas que dedicó a Leticia. En el invierno de España, viendo violeta, génuli, ceniza, la serranía del Guadarrama, el dialectólogo pensaba en árboles de gesto airado y en quimas litúrgicas, en peces de esmeril y en aves desabridas. Y pensaba en niños indios con dos micos en la cabeza, o en su amigo huitoto llevándolo por la selva («no tema, yo soy baquiano»), o en el pedazo de vida que se le quedó al sol, al agua y al viento, tensa en la estacada de un pueblo donde ni la muerte cabe. Entonces, acaso entonces, creía que su ocupación podía tener sentido entre gentes de las que antes no sabía ni su nombre. Y recordaba —sí, sí, queriendo— unas ironías del gran poeta Carlos Drummond de Andrade que —ya ve usted— se le habían convertido en una punzante esquirra:

*Da estruturação semica
Do idioleto e da pancronia cienti-
[fica*

*Da reabilidade dos testes psicolin-
[güísticos*

Acaso, sin querer, allá en el trapico amazónico de Colombia —caminos inescrutables—, también él se había logrado como hombre. Y se había logrado con gentes que querían aprender una lengua que es, precisamente, el español. El dialectólogo se había encontrado con su propia lengua en el rincón más perdido de la ancha geografía. La había oído en labios que apenas la musitaban o en bocas que la entonaban con plenitud. Era el milagro más allá del sueño. Esa lengua —¿en cuántos sitios, de cuántos corazones la ha escuchado el dialectólogo?— era la herencia que conservaba un país al que llaman —voz sonora— Colombia. Nueve letras, sólo nueve, en las que el dialectólogo quisiera encerrar mil siglos y mil millones de almas de gratitud.

Por eso —pedazos de propia vida— evoca los días en que pudo encontrar su muerte. Allí, en las orillas espesas, en un vértigo que le asalta al recordar las picaduras de millares de diminutas, insignificantes y encarnizadas hormigas. En el cielo veía nubes de plata vieja con sus fillos recortados por nácares balbucientes, o allá abajo, en la quebrada, un portentoso pincel había ido colocando estratos de luz y colores, sobrepuestos, hasta que las nubes del cielo naufragaran en el más hondo de los pozos. Las plantas se posaban sobre una trocha de detritus fangosos: maderas podridas y ciénaga enervante. Allí, camino del asentamiento de los indios yaguas, mientras temblaba la última gota de lluvia en la hoja más tierna y los pies resbalaban entre tarquín y gusanos. El dialectólogo —una áspera hoja de ortigas su cuerpo— quería llegar a los hombres: lejos quedó el refugio en la orilla del río, unas tablas, un cobijo inclemente, un sostenido chirriar en la noche: la orilla del río, donde los monos más salaces arrancaban la piña que aprehendían las uñas del guacamayo más emperejilado; la orilla con el amacizo o cachimbo

de flores como gallos naranja empenachados de rojo; la orilla, donde los biólogos americanos tenían equipos, y linternas en la noche, y antihistamínicos que calmaban la comezón. La orilla, definitivamente perdida en la esperanza del regreso.

Lo que es humanidad se avisaba con anticipo endolorido: niños con una zarpa que les arañaba el interior de sus gargantas, indios con los ojos mordidos por la conjuntivitis, el ciego que caminaba (¿qué liana, qué tronco, qué picadura darían con él en el suelo?), la mujer con su escueta pampanilla y el crío acucillado sobre la cadera, mordisqueando en un seno vacío, piltrafa de pellejos sin fuerza ni para seguir colgando. Unos pasos más: allí íbamos. Era la vergüenza de la carne: ¿es posible que tanto se degrade lo que es bello en sí mismo? Aquellas mujeres habían dejado de serlo, los negrísimos cabellos como costuras de barro sobre una llaga, los pechos oscilantes en su flacidez, los vientres deformados en una gestación pavorosa. Y los hombres, reseco en sus pellejos de iguana, molidos a palos por los ticunas, rascaban sus llagas en el poste de la choza. El dialectólogo ya no sentía; sí, sentía, pero no su carne, no su dolor, no su tristeza, infinita y sin fronteras. El dialectólogo sentía ser hombre. Una especie de visco aceitoso se le detenía en el paladar. El buscaba los pasos de una lengua hermosa y sonora —español— y había encontrado la miseria del hombre en la más viciosa y lujurante naturaleza, al hombre en su total invalidez. Los indios le rehuían. Sentían terror de la cámara fotográfica: verse en imagen era perderse, dejar de ser ellos mismos. El blanco que los explotaba se lo había dicho: con cada foto se iba un día de la propia vida. Y sólo él podía salvarlos del desgaste. El que los hacía materia para los turistas americanos que pudieran llegar a Leticia.

La lluvia volvía de nuevo. Primero, unos goterones calientes y anchos; luego, unos alfileres agresivos; después, la noche total. Se buscaban las piraguas de la orilla para salvar las máquinas. El suelo no existía: todo eran unas olas que

crecían desde la hierba, desde la tierra, desde el agua. Los animales hostigados enronquecían con sus gritos, y el dialectólogo tapaba con el sombrero sus cuadernos, mientras cada cabello era un canal de hostiles agresiones. El río, a la espera. Y el agua, en cortinas densas y carnosas. La piragua, abandonada ya a la corriente, antes de que los troncos fueran arrastrados y pudieran agujerarla. Total, la noche, y el viento, con fauces agresivas. En los vientos que ululaban se perdió el estalache de palma: indefensos ante la lengua y, ¿existiría aún?, el sol. Unos hombres que pensaban, servían a su lengua y aprendían lo que en su lengua aún no se había dicho. Era —¿por qué un recuerdo de ternuras en tanto zozobrar?—, era, sí, la eternidad de la palabra en el tiempo.

Volvió el cielo y seguía mostrando su mirada ensañada. Los indios —buena señal— llegaban al río con sus tarrayas y sus arpones; una piragua se hundía y la pudimos remolcar; el trabajo —con palos, con uñas para poder subir a la tierra: el agua caliente, áspera como lengua jadeante de perro, nos lamía las ingles.

Estábamos ya en Nazareth —creíamos haber vuelto a la vida—. Habíamos cazado un gran jabalí y se aprestaban para la fiesta. Sobre el suelo, una muchachita bellísima preparaba achiote para embijar. Un pañuelo blanco cubría su cabeza. La muchacha había salido de la pelazón y molía colores para otra compañera. La crueldad del rito de paso —arrancado uno a uno sus cabellos, uno a uno cada pelillo de su cuerpo— le había dado —¿sería así?— un triste dejo de melancolía. (Encerrada durante días y días en un exiguo cuchitril, sufría las torturas de la sed, del calor, de la soledad. Cuando salía, físicamente aniquilada, la fiesta le devolvería la vida y con ella la granazón.)

De nuevo las preguntas. Y de nuevo el dialectólogo sin saber qué sentido podría dar a las cosas que había visto, a las palabras que había oído, a los silencios que —cómo alacranes vivos— se le habían ido colgando de cada latido de su corazón.